

PASAR PÁGINA

Cuando recibí la carta de mamá con el libro, la esperanza de que aún estuviera viva cobró fuerza en mi mente, y el rescoldo que perduraba en mi corazón me iluminó un instante, el tiempo que necesitó tía Plácida para recobrase de la emoción y preguntar ansiosa qué fecha constaba en el envío.

Sabíamos por el boticario que mamá estaba muerta. Don Eutimio nos había ido informando todo este tiempo del estado de su enfermedad, siempre sin nombrar la cárcel de Burgos, pues las cartas eran vetadas si contenían alusiones que atentaran contra el régimen, y las conferencias telefónicas eran caras, además de estar también controladas, ya que la sombra del miedo llegaba hasta los locutorios y centralitas. Pero el día que la casera nos llamó con urgencia desde el pasillo, que teníamos conferencia desde España, don Eutimio no escatimó en gastos. Mamá había muerto de tuberculosis en la enfermería de la prisión. Los pormenores de su declive ya nos los había ido adelantando en cartas donde había que leer lo que las palabras no expresaban, adquiriendo con el hábito de la relectura una perspicacia inusitada que nos permitía descifrar el contenido de esas misivas que tanto ocultaban en lo formal y que tan reveladoras eran en su mutismo.

Todo fue culpa de Eleuterio, sin él, tal vez, las cosas no hubieran acabado como lo hicieron, pero mamá había preferido a mi padre, ella siempre había manifestado una inclinación innata hacia las letras. Recuerdo que me contaba que en el taller de costura le pedían a Romualdín, el hijo de doña Romualda, la dueña del taller, que les leyese en voz alta los poemas de *Versos y oraciones de caminante* y el niño, el ojito derecho de su madre y el no menos idolatrado lucero de la sastrería, un alma sensible donde las hubiera, sabiéndose el centro de atención de las arrobadas operarias, tomaba entre sus manos el libro de León Felipe y llenaba con su lectura demorada y declamatoria las tardes inacabables de las costureras, que en no pocas ocasiones, entre respunte y respunte, humedecían con sus lágrimas las telas que manejaban.

De modo que cuando el nuevo maestro llegó a Briviesca para ocupar la vacante que había dejado don Norberto, muerto en extrañas circunstancias,

como consecuencia de la pleuresía que había contraído tras su caída en el pozo, mi madre no tuvo dudas de que aquel forastero sería para ella. Me lo contaban muchas veces. Tu madre quería tomar clases particulares –decía mi padre muy ufano-, pero yo creo que venía por mí, no había más que ver de qué modo me miraba y qué arreglada se ponía para la lección.

Antes que el pimpollo de ojos claros llegara al pueblo con *El romancero gitano* en la cartera y su título de maestro bajo el brazo, Eleuterio cortejaba a mi madre, y le hacía requiebros galantes en la romería de Santa Casilda, envalentonado por el vino, pero ella no le correspondía, no le gustaban sus modales abruptos, las aristas de sus gestos, su mirada oscura. Acaso nunca debió aceptar las flores que aquél le enviaba con Niceto, el niño tonto del talabartero, pero ella nunca supo ser descortés, no iba con su carácter, por lo demás ella era la más guapa del grupo, ¿por qué no entender las flores como una forma de homenaje a su hermosura, como uno más de los piropos que de continuo recibía de los mozos con jazmines en el ojal las tardes de domingo, paseando por la Plaza Mayor? Pero Eleuterio era levantisco y montaraz y nunca perdonó a mi madre la afrenta que supuso para él tener que aceptar que Teresa Antúnez, la guapa costurera del taller de doña Romualda, la había rechazado por un extraño de ideas liberales que se atrevía a dar clases nocturnas sin cobrar, para escarnio de los compañeros de profesión, que se ayudaban con las *permanencias* para suplir de este modo sus exiguos ingresos como maestros.

Pero mi padre era de ley, y cuando el hijo del boticario quiso cambiar de maestro y apuntarse con “el nuevo”, papá ya puso coto a las deserciones y fue a hablar con don Eutimio, y se ve que se entendieron y que participaban de las mismas ideas, de modo que para cuando llegó la II República, el boticario y mi padre ya eran amigos, y don Eutimio le encargó a mi madre la confección de una bandera con los nuevos colores para hacerla ondear en el balcón de la farmacia los días señalados.

Eleuterio, dando elípticas zancadas en los salones del Casino y en el Círculo de Labradores, como una peonza que reclama auditorio sin descanso, se codeaba con la aristocracia briviescana e intentaba ganarse su anuencia a base de denigrar contra el Magisterio y reírles las gracias a los señoritos.

No sabemos si por su carácter irascible o por despecho hacia mi madre, que lo había rechazado por un desconocido de dudosa ideología, manifestaba incesantemente su inclinación hacía las ideas ultraconservadoras, a pesar de su extracción campesina, y no dudaba en proclamar su exacerbada animadversión por esos maestros que leían en la escuela a sus alumnos poemas de León Felipe y Federico García Lorca, maestros a los que ahora, para mayor escarnio, el gobierno había subido el sueldo.

Sí, mamá estaba muerta, de eso no cabía la menor duda, nos lo había confirmado don Eutimio, que tenía contactos en la capital burgalesa, y aquella carta póstuma constituía la despedida de mi madre y también su legado, un legado amargo que me estuvo acompañando todos estos años en los que se fue gestando mi venganza.

Tía Plácida me había pedido que le leyera la carta en voz alta, porque el libro que la acompañaba, un libro religioso, una especie de devocionario católico, era algo que no cuadraba en nuestras vidas, algo muy desconcertante, pero, por alguna razón que aún desconocíamos, mamá nos lo enviaba, y ella nunca hacía nada que no tuviera sentido.

“Querido hijo –comenzaba la carta-, cuida en todo momento de la tía Plácida, ella ha sido tu madre todos estos años de dolor y, en su vejez, tú debes ser su sostén. Yo moriré pronto, pues la enfermedad me ha minado y no tengo escapatoria. Apenas si me quedan fuerzas para escribir esta carta, así que seré breve. No olvides nunca el amor de tus padres, sé disciplinado y una persona de orden. Te envío este librito que te ayudará a descubrir tu camino. A mí me ha ayudado mucho para suplir vuestra ausencia. No te desprendas nunca de él, léelo sin desmayo de principio a fin, te iluminará y dará sentido a tu vida. Recuerda lo que tantas veces te repetía tu padre acerca de que no había que hacer juicios precipitados, porque, en ocasiones, las cosas no son lo que a primera vista parecen. Un beso muy fuerte para los dos. Os llevo en el corazón. Mamá.”

No daba crédito a lo que acababa de leer. Levanté la vista y vi a tía Plácida llorando calladamente con el librito entre las manos. Aparte las palabras amorosas que había en la carta, las referencias al libro y la incitación a su lectura me habían desconcertado y, por unos instantes, nuestras miradas

de incredulidad convergieron conturbadas sobre las pastas oscuras de aquel devocionario religioso. ¡Cuánto ha debido sufrir la pobre Teresa!, dijo apenas en un susurro mi tía mientras me tendía aquel libro manoseado por tantas lecturas. En una primera ojeada sobre el índice pude descubrir que el tomo se dividía en tres partes bien diferenciadas: la primera consistía en una serie de *Oraciones Piadosas*; la segunda parte comprendía los capítulos de la Biblia que algunas ediciones agrupan bajo sendos de epígrafes de LÍRICA, esto es *Los Salmos*, *El Cantar de los Cantares* y *Las Lamentaciones*, y LIBROS SAPIENCIALES, que, a su vez, se dividían en el *Libro de Job*, *Proverbios*, *Eclesiastés*, *Sabiduría* y *Eclesiástico*; la tercera y última parte del tomo conformaba una gavilla aleatoria de *Vidas de Santos*. Era a todas luces una obra pía que para nada casaba con las ideas librepensadoras de mis padres, de ahí la exclamación de mi tía acerca del sufrimiento que tuvo que padecer mamá en su cautiverio: ¿qué terribles tormentos le habrían infringido –hubo de pensar tía Plácida- para conseguir que ella cambiase tan radicalmente de pensamiento? Nada de todo aquello me cuadraba, apareciendo ante mis ojos carente de sentido.

Los acontecimientos que habían tenido lugar aquel luctuoso verano en que se llevaron a papá en medio de la noche, se habían quedado prendidos a mi retina. Él estaba confiado, a pesar de los consejos de don Eutimio de que se ausentara por un tiempo hasta ver en qué desembocaba aquella sinrazón, aquel convulso desorden. El mismo boticario hacía más de dos años que había dejado de enarbolar la bandera tricolor desde su balcón en los días señalados: amigos de la aristocracia le habían aconsejado que no hiciera alardes imprudentes, que corrían malos tiempos y nunca se sabía, que era mejor no fiarse y que recordara de dónde procedía. Mi padre, por su lado, se mostraba tranquilo, él sólo era un maestro que creía en el valor de la palabra como vehículo para llegar a la sabiduría y hacer a las personas más libres, ¿qué mal había en ello? ¿No eran ésas, por demás, las consignas del gobierno? ¿Y, acaso no era él un funcionario público que se debía a su trabajo? Pero esa noche vinieron a por él, a pesar de todo, y ya nunca más volvimos a verlo, porque mamá no consintió a las proposiciones de Eleuterio, que seguía enamorado de ella. Si tú quisieras... -le había sugerido al día siguiente, cuando se presentó en la casa como un salvador, convertido en un supuesto hombre

importante de las fuerzas que se habían alzado contra el legalmente constituido gobierno de la nación. Y allí mismo, delante de mis ojos que nada entendían, y de la tía Plácida, que me agarraba de los hombros asustada, se acercó hasta mamá y, atenazándola de un brazo le susurró algo al oído, algo que no debió gustar a mi madre, porque ésta lo empujó y le pidió con energía que saliera fuera de la casa. Está bien, tú lo has querido, dijo al salir dando grandes zancadas, y mamá ya fue que se desmoronó y estuvo llorando todo el día junta a la tía Plácida, y don Eutimio no pudo hacer nada por nosotros porque estaba en la capital, y esa noche se oyeron disparos, como la noche anterior en que se llevaron a papá, y las gestiones posteriores en el Ayuntamiento no dieron resultado, porque allí nadie sabía, todo era un continuo entrar y salir de gente con uniformes y de paisanos armados con fusiles y escopetas de caza, y entonces llamó a la puerta Niceto, el hijo tonto del talabartero, y le entregó una nota a mamá que ésta leyó con avidez y que rompió tan pronto como la hubo desdoblado. ¡Ese cabrón...!, le oí exclamar a mi madre, ella, que nunca había hablado así. Yo cogí un trozo de papel del suelo y pude leer: “si tú quisieras...”

A los pocos días, ya todo el mundo sabía lo que nadie se atrevía a reconocer, que los que eran sacados de noche de sus casas ya nunca volvían. Y el temor comenzó a propagarse como un fuego incontrolado, y ya se empezó a hablar de fusilamientos y fosas comunes, de torturas y delaciones. Luego vinieron por mamá, y a poco llegó don Eutimio con las noticias de que ella se encontraba bien, que estaba en la cárcel de Burgos, pero que no temiéramos por su vida, aunque de papá nada supo decirnos. Pero pasaron los días y la situación no mejoraba, y se filtraron noticias escabrosas de niños y de mujeres, y don Eutimio decidió que corríamos peligro, y así fue que terminamos en Buenos Aires con su ayuda, dejando a mamá al cuidado de su intermediación.

De modo que aquel libro devoto debía esconder alguna incógnita, a todas luces era un libro apócrifo, mamá no podía traicionarnos ni traicionarse. Tanto dolor no podía quedar baldío. La carta debía contener la clave. Era bien sabido que la censura no permitía en la correspondencia la más mínima palabra que mostrara desafección al régimen. Así que tomé la carta y la leí con detenimiento. Mamá había subrayado las palabras *disciplinado* y *orden*, palabras que casaban muy bien con la ideología de los que llevaban detentando el poder en España durante tantos años, también lo había hecho

con la frase: *léelo sin desmayo de principio a fin, te iluminará y dará sentido a tu vida*. Además, estaba la llamada de atención acerca del consejo de papá de que observáramos las cosas con detenimiento para detectar la esencia que subyacía detrás de las apariencias. Así que tomé el libro, ojeé algunas de sus páginas al azar y pude observar que contenía letras, incluso números, que aparecían con un diminuto punto hecho a lápiz por debajo de los caracteres impresos. Ahora lo sabía, mamá me estaba hablando desde el libro, no podía ser de otro modo, aquella carta aparentemente acrítica, aquel libro religioso no eran otra cosa que una estratagema, una impostura para salvar la estricta censura del régimen. Sólo debía leer con detenimiento y seguir una pauta, ser “disciplinado” y guardar el “orden”. ¡Prodigiosa mamá! ¡Cómo pude dudar de su entereza! Había utilizado un código para evitar a los censores, para que aquel paquete pudiese cruzar las fronteras del país sin impedimentos. Mamá me pedía que me adentrara en el arcano de su mensaje, en el legado oculto que habitaba entre los intersticios de aquella obra piadosa, tan grata a la hipocresía de los vencedores, a los asesinos sin escrúpulos de mis padres.

Poco a poco, con disciplina, como mamá me había pedido, fui desvelando su triste verdad. Lo primero que me llamó la atención en el libro fueron aquellos pétalos de flores secas que introducían cada una de las tres partes en que se dividía el contenido del volumen: un rojo pétalo de rosa aparecía pegado en la introducción del apartado de las Oraciones; al comienzo de los Salmos, dos pétalos de la amarilla flor del tamarindo, abiertos en uve como las alas de una mariposa presta a la singladura de la libertad, emergían de la página livianas y vindicativas; por último, la parte dedicada a la Vida de Santos estaba ornada por un lirio morado, color de penitencia, tan caro, ay, al gusto de la Iglesia. Vistos por separado, no eran sino la expresión tierna de una reclusa sensible que entretenía su enfermedad coleccionando flores secas entre las hojas de los libros tan devotos que últimamente le había dado por leer, lo que constituía un motivo de alegría para el capellán de la cárcel, que no dudó en traerle flores a la interna modélica que había cruzado el Rubicón del arrepentimiento, pasando de las negras sombras del ateísmo a la luz redentora de la fe católica gracias a su labor misionera. Pero el simbolismo estaba tan claro, era tan patente su mensaje que sentí un arrebató de ternura imaginándome a mamá con una

sonrisa en los labios mientras ornaba el librito con la enseña tricolor por la que papá había caído tan joven y por la que ella estuvo penando tantos años hasta que el zarpazo de la tuberculosis la salvó de la ignominia.

De esta forma, con el rigor debido y el frenesí de saberme dueño del secreto, animado ya por la primera certeza de los colores, entre laudes y lamentaciones, entre proverbios sabios y vidas ejemplares, fui descubriendo el mundo de crueldad y de avaricia que había dejado atrás cuando partí hacia el exilio aquel tórrido verano, y cada noche, después del trabajo, mientras la tía Plácida envejecía a mi lado ganada por los tangos de Carlitos y haciendo ganchillo sin apenas ver, me fui dedicando todos estos años a descifrar el laberinto de las letras y los números punteados con el círculo tenue y minúsculo que eran la llave para acceder a la luz, y, con el tiempo, saludando a veces al alba las vísperas de fiesta, sabiendo ya que el éxito de mi empresa vendría de la disciplina y el esfuerzo –“léelo sin desmayo”, me había pedido mamá en su carta-, el rompecabezas fue ensamblándose lentamente, preciso y reivindicador.

Con los días, en el maremagno de mis anotaciones fueron apareciendo islotes de certezas que hablaban de nombres, de fusilados y sus verdugos, de la ubicación exacta de las fosas comunes, de cantidades cobradas por la extorsión y el secuestro, de fincas y haciendas que eran confiscadas y cambiadas de dueño, y fechas, muchas fechas, una efeméride luctuosa que databa el oprobio y la vesania con vocación de notario. Los datos precisos de mamá corroboraban las noticias veladas que se ocultaban en las cartas de don Eutimio y aun sus conferencias de ultramar, noticias refrendadas por los que seguían llegando a este lado del Atlántico y que prefirieron la hospitalidad sin cortapisas del presidente Cárdenas a las veleidades mesiánicas de Perón, pero todos, en suma, confirmando el miedo que habitaba al boticario, a pesar de su posición, y de ahí la cautela de éste en todo lo que contaba, ya fuese de forma epistolar o telefónica. Y así, de este modo, fui conociendo del odio de Eleuterio, de la violencia gratuita de que hacía gala en su comportamiento, de cómo se ofrecía voluntario para los pelotones de ejecución y para hacer “cantar” a los duros. Por eso fue que me conjuré con la tía Plácida antes de su muerte, ya ciega del todo y deseando abandonar esta vida de privaciones, y le prometí lo que no pude hacer con mamá, que vengaría sus muertes en la persona de

Eleuterio, ya que él encarnaba toda la maldad que había recibido mi familia de forma tan arbitraria.

Habían sido muchos años de ir madurando la venganza, componiendo noche tras noche el rompecabezas de la infamia, alimentando mi odio en la distancia contra el régimen represor que mantenía presa a mi madre en una fría mazmorra a pesar de su enfermedad, teniendo que soportar a este lado las entradas y salidas de Juan Domingo en el poder, que se resistía a renunciar a las prebendas del cargo de prócer de la patria, émulo quizá de ese otro sátrapa que había segado la vida de mi padre y condenado a una muerte lenta a mi madre, el mismo que había dado alas a personajes abominables como Eleuterio, que se hacía tatuar pequeñas esvásticas en el antebrazo derecho por cada infeliz al que quitaba la vida ante las tapias agujereadas del cementerio, autor material de la muerte de don Norberto (con el tiempo se descubriría que fue él quien arrojó al pozo al antecesor de mi padre en la escuela) y corruptor de menores (supe por el libro que Romualdín, el hijo sensible de doña Romualda, había amanecido un día colgado de una viga, y se hablaba que Niceto, el hijo tonto del talabartero, refería obscenidades de “uno con mucho mando”); personajes, sí, de siniestra sombra, como los que yo veía reunirse en los cafés de Palermo cantando canciones bávaras con una mano alzada al frente y una jarra de cerveza en la otra mano, perdido ya el miedo de los primeros años, prepotentes y orgullosos cuando despotricaban contra Wiesenthal, ese... -decían, y pronunciaban a continuación las dos palabras despectivas.

Y, ahora, yo estaba aquí, de nuevo en España, a poco de morir el dictador, temeroso por la policía o la guardia civil, sintiendo la dureza de las cachas de marfil bajo la axila, como un guapo del arrabal, seguro ya de estar cumpliendo la promesa que me hice a mí mismo, a medida que fui descifrando el devocionario que recibí de mamá hace ya tantos años. Porque yo había preguntado por Eleuterio nada más bajarme del tren en la estación de Briviesca, y todas las indicaciones me orientaron hacia el Paseo del Río, hacia el bulto deforme, al amasijo de harapos que roncaba sobre el banco a la sombra de los plátanos, percutido por las heces de las palomas. Me acerqué y vi un anciano comido por la sarna, en sus labios cuarteados un hilillo de babas,

un aura de hedor envolviendo su cuerpo postrado, niños mofándose arrojando migas de pan sobre su abrigo deshilachado. Sentí la sudada funda de cordobán en mi costado y supe que el puzzle se había completado. Sé que mamá aprobaría mi conducta, *veni, vidi, vici*, había dicho Julio César, yo también llegué y vi que había vencido, el tiempo había hecho justicia, aligerar su agonía habría sido demasiado premio para él y un mal epílogo a sus correrías; observé a aquel niño cruel que ahora orinaba en la botella de cerveza a medio escanciar y que luego depositaba junto al banco donde dormitaba Eleuterio y que serviría para saciar su sed cuando éste despertara; vi su antebrazo desnudo colgando lánguido bajo su cabeza y las pequeñas cruces gamadas, como lañas herrumbrosas, tatuadas en su piel tan lívida; vi aquellas palomas que lo sobrevolaban como si fuese un promontorio de detritus y que certificaban que un capítulo de mi vida se cerraba en aquel paisaje de la infancia, y entonces comprendí que las heridas abiertas hay que cerrarlas un día, so pena de que el odio las eternice *ad infinitum*, así que me di la vuelta, sabiendo ya que, en el camino de regreso, tendría que arrojar la daga a las aguas sosegadas del meandro del río Oca.